



COMUNICAR A DIOS

Por P. ANTONIO RODRÍGUEZ DÍAZ

Hace ya más de 40 años, en una de las sesiones del Concilio Vaticano II, los obispos allí reunidos se preguntaban acerca de lo que tenía que hablar la Iglesia; un obispo alemán pidió la palabra y dijo: “La Iglesia tiene que hablar de Dios”. Muchos años después, el cardenal Joseph Ratzinger, en una conferencia magistral que impartió en Roma, comentó lo pronunciado por aquel obispo, compatriota suyo, y dijo que no había sido casual que la primera constitución salida del Concilio tratase sobre la liturgia en la Iglesia.

Evidentemente, la liturgia es de todas las actividades de la Iglesia la que expresa, de modo más claro y eficaz, a Dios. Las demás acciones eclesiales, aún siendo muy buenas y nobles, se hallan, en su modo de eficacia y claridad, en un segundo lugar con respecto a la expresividad con que las acciones litúrgicas muestran a Dios. Por lo tanto, sin temor a equivocarnos, puede afirmarse que, en este mundo, nada comunica más y mejor a Dios que las celebraciones litúrgicas de la Iglesia. Los sacramentos de la Iglesia y la Palabra de Dios proclamada en las celebraciones litúrgicas, hacen posible que los hombres podamos sentir y hasta tocar, de manera real, la más real de este mundo, desde la fe del cristiano, a Dios.

La creación de la naturaleza y la caridad asistencial nos remiten a Dios; pero nunca –repito-, de forma más clara y eficaz que la liturgia de la Iglesia. Así pues, la primera comunicadora de Dios que existe en este mundo es la liturgia de la Santa Madre Iglesia Católica y Apostólica y Romana. No existe una misión más importante en la Iglesia que la de comunicar a Dios, no solo en su liturgia, sino en todas las actividades, incluyendo los Medios de Comunicación.

¿De dónde brota la comunicación de Dios por la Iglesia? De la necesidad de Dios que tiene este mundo. Dios no es superfluo al mundo. Tampoco puede ser considerado como algo muy bueno, excelente; pero como algo más en paridad de igualdad con otras tantas realidades excelentes que existen en este mundo, y que el ser humano puede optar libremente por alguna o algunas de ellas, y dejar otras, incluyendo a Dios entre estas. Dios nos ha hecho libres de aceptarlo o no, pero la persona que libremente no lo acepta, le faltará algo; es más, le faltará lo más importante de su vida, lo que más necesita, lo que da sentido a toda existencia; le faltará el alguien esencial, que es Dios.

Filosóficamente hablando, no es lo mismo la existencia del mundo y del hombre cuando tienen integrado a Dios, que cuando Dios es un ignorado o es conocido, pero se le tiene como una realidad superflua.

Los no creyentes ignoran a Dios; sin embargo, para muchos creyentes Dios es una realidad superflua, y esto es fatal, porque el aporte transformador de la fe en Dios pierde para ellos vitalidad. Son creyentes en Dios, pero esa creencia carece de la vitalidad transformante. En estas situaciones, Dios es superfluo, no es esencial, sino accidental; sobra en las decisiones de estos creyentes, pues no tienen la referencia existencial al “Único suficiente” que existe en este mundo, según expresión del otrora cardenal Ratzinger, hoy Benedicto XVI.

...cuando los hombres no adoran a Dios, se vuelven tiranos, o esclavos de las muchas formas de esclavitudes, y también pueden volverse injustos al repartir el pan. Así pues, sin la adoración no hay pan ni libertad.

¿Qué quiere decir el Papa con esto? Que todo lo que existe en este mundo –cosas, personas e instituciones-, son insuficientes. Les falta algo para llegar a ser plenamente. No es que sean malas, sino que, aún siendo buenas, son

insuficientes, les falta algo a su ser, y ese algo sólo se lo puede dar Jesucristo (Dios), que el único suficiente, pues tiene la plenitud del ser, y no necesita de nada ni de nadie.

El sacerdote jesuita alemán, Alfred Delp nos legó un pensamiento extraordinariamente iluminador: “El pan es importante, la libertad es aún más importante, pero lo más importante de todo es la adoración”.

En este mundo, en el que tantos millones de hombres pasan hambre y muchos mueren por ella; en el que otros tantos carecen de libertad, pudiera parecer desacertado decir que más importante que el pan y la libertad es la adoración a Dios. Sin embargo, quien pronunció esas palabras no fue un teólogo trasnochado, ni un místico o un asceta desligado de las realidades humanas, sino un hombre que las dijo desde el campo de concentración nazi donde murió. El padre Delp, desde su necesidad de pan y libertad, llegó a comprender que la adoración a Dios es lo más importante para el hombre, porque Dios es el Único suficiente. Y yo me atrevería a añadir a la expresión del padre Delp: porque cuando los hombres no adoran a Dios, se vuelven tiranos, o esclavos de las muchas formas de esclavitudes, y también pueden volverse injustos al repartir el pan.

Así pues, sin la adoración no hay pan ni libertad. Esto es lo que la Iglesia tiene que vivir, desde su más profunda convicción en el “Único Suficiente”. Esto es lo que la Iglesia tiene que comunicar a los cuatro vientos para los hombres y mujeres de este mundo, tan acuciados por la falta de pan y libertad, pero que no saben que cuando se sacien de pan y libertad, su ser todavía quedará insuficiente, porque le faltará lo más importante que es la adoración.



Para esto Jesucristo fundó la Iglesia, para eso estamos los cristianos en este mundo: para ser portadores de esta convicción, que es la única capaz de dar pan y libertad, porque produciría el milagro de la tan deseada fraternidad humana.

Pienso –y esto lo he dicho en más de una ocasión–, que la Iglesia muchas veces no llega a anunciar, con toda la pasión y urgencia que requiere, la verdad de que Dios es el Único suficiente. Pienso, además, que nuestros escasos medios de comunicación no han llegado a comprender esta verdad de la cual deben ser los primeros portadores, cuando con frecuencia se quedan en otras verdaderas y muy necesarias, pero que ocupan el lugar de la gran verdad de única suficiencia de Dios, la cual es capaz de comunicar la ética personal, familiar y social esencial para que todos los hombres lleguen a su plenitud de ser, y, por ende, de felicidad.